

Teresa León

Los Pitines

(CUENTO)



HABIA venido, quién sabe de dónde, a ocupar el sitio de dueña de jaula en casa de Pitín, el canario fino y elegante para quien estaba destinada. Era curiosa la pareja. Ella bastante más fuerte y grande, con su pecho amplio y redondo, con tendencia a esponjarlo siempre en una tibia y dorada blandura. Los ojos, como cuentas, se rasgaban hacia atrás con una expresión de alerta y picardía. Todo en ella era de mala crianza. Comía glotonamente y al bañarse, no quedaba nada sin haber recibido la lluvia de sus alas. Y hasta el vuelo era bullicioso, algo así como un roce de sedas gruesas.

Cuando llegó a casa observó a su compañero sin manifestar el más leve temor. El, por su parte, se lanzó sobre ella, sin miramiento alguno, ahuecando las alas hasta arrastrarlas por el suelo, mientras emitía, no un canto, sino un trino estridente que, al lanzarlo al aire, descubría hasta el fondo del paladar, como si

de pronto desde aquel pompón dorado y sonoro, surgiera el milagro de una diminuta flor rosada.

Pitina correspondió en seguida a los requerimientos del emplumado galán, pero aquella luna de miel fué de corta duración. Ella era demasiado apasionada, su fortaleza reclamaba más amor cada día. Con una insistencia desmedida y alocada perseguía a su amado en todo momento. ¡Oh!, pero hasta en las avechillas hay distintas naturalezas y caracteres. Pitín, el principito rubio, era huraño y tímido. Su tranquilidad se quebraba con la llegada de la compañera. Tenía él sus hábitos de solitario maniático, y adoraba los libros; entre ellos se pasaba horas enteras con la dedicación de un estudioso. Neruda era su autor favorito, la dureza gomosa de la empastadura guardaba para Pitín un deleite interminable. De tal manera que la llegada de la novia impuesta fué algo que le sorprendió momentáneamente, pero luego él quiso volver a sus sitios favoritos: un saliente de la ventana, el anaquel de los libros, o bien la punta del ropero y desde allí mirar, con serenidad de un paciente, a la canaria que volando de un lugar a otro le hacía mil manifestaciones amorosas sin que el diminuto corazón de su dueño alterara sus palpitaciones. En la cabecita de ella nació una idea de despecho: no lo dejaría comer, entonces. Y abusando de su fuerza se interponía entre el canario y el comedero, o bien ocupaba el cubo del agua al menor intento del Pitín para saciar su sed. Aquello marchaba bien para ella, En cambio para el otro la vida comenzaba a hacerse insoportable.

Pitina cuando lograba, por este procedimiento, arrinconarlo en un extremo de la jaula, se esponjaba mimosa y tierna acurrucándose a su vera como un montoncito de plumas tibias, y echando la cabeza

hacia atrás, dejaba oír una nota larguísima, cortada en mil trozos sonoros y parejos. El Pitín, un poco aturrido y apremiado por esta infatigable persecución, quería salir del apuro lo más pronto posible, y cubriendo a la hembra en una forma bastante extraña y desusada, invertía las reglas naturales confundiendo la ubicación de vida lamentablemente. Aquello resultaba terrible. Cada equivocación era castigada con crueles picotazos.

Otras veces fingía ella un hambre atroz y le obligaba a darle de comer a cada rato. Pitín tenía que ceder siempre porque era el más débil, pero su carácter iba tomando modalidades alarmantes. Sus largos períodos de meditación en lo alto de la ventana, donde las sombras lo ocultaban cada vez que lograba escapar del asedio, fueron más frecuentes.

Así transcurrió un tiempo más o menos breve, pues para tranquilidad del pequeño príncipe, ella comenzó a dar señales de cordura. Esta consistía en buscar cuanta hilacha o plumilla encontrara en sus correrías por la habitación, para llevarlas a la jaula. Esta tarea no terminaba nunca porque Pitina era descontentadiza y caprichosa. Se le colocó un cestillo en un extremo de la jaula, discretamente cubierto por una seda liviana, y en el fondo de éste un plumón de blandura. Pero aquello le pareció muy mal y tomando todo su bagaje de hilachas y algodones se cambió de casa.

¡Pero no podía ser! Las pelusas y los algodones que con tanto trabajo habían sido llevadas a aquel sitio donde ella empecinada las apretaba contra un clavo, caían lánguidamente en el suelo. Pero ella volvía una y otra vez a enredar con su pico rosado, los hilos en el obsesionante clavo. Este formaba parte del manejo de una cortina, de tal manera que el cordón lo rozaba

continuamente. Y aunque no hubiera sido así, jamás un clavo ha prestado una mediana comodidad para nada que no sea para lo que ha sido fabricado. ¿Qué pensaba Pitina? ¿Cómo su instinto no le hacía ver que allí era imposible mantener un nido?

Por una misteriosa casualidad se logró retenerla en el canastillo y un huevo gris y diminuto reposó en el blando colchón de lanas. Ella, como una madre-cita, lo cubrió el tiempo debido. Pero todo fué inútil. Aquel esfuerzo, aquel dominio de su naturaleza rebelde y movediza apretado contra el huevecillo gris no dió resultado alguno. Al final de las dos semanas o más, éste se deshizo en agua... Para colmo de desdichas el Pitín estaba mal conformado. De ahí sus tardías y deficientes relaciones amorosas. El principito guardaba su razón en el fondo de su melancolía.

El fracaso pareció trastornarla más aún, si esto fuera posible... y volvió con más ahinco a llevar su carga de hilachas al adorado clavo. Igual, exactamente igual a ciertos seres humanos que fijan su dicha en una quimera.

En estas idas y venidas por su camino alto y volando sobre las cosas con su roce de grueso brocato, dió en poner los huevecillos en el aire. Y uno caía pesado sobre la alfombra... el otro se mantenía milagrosamente en algún sitio inverosímil.

El, desde su refugio, con su cabeza inclinada en un gesto curioso y con los ojillos de azabache clavados en ella, la seguía incansablemente. Otras veces, las más, el trino que lanzaba su garganta en notas vibrantes la perseguía como saetas. Bajo este influjo seguidor ella aprendió a cantar.

Pero había un profundo rencor en su pequeño corazón. Una fuerza oscura y ciega la lanzaba contra

todo. Y como sucede entre los hombres cuando se ha pretendido interferir un destino, siempre ha habido una víctima. Y la víctima fué esta vez, por aquella unión tan descabellada, la adorable Pitina.

Pobrecita... En su soberbia de aprender a cantar como un machito... en su indiferencia y despreocupación de dejar que los huevecillos de agua cayeran pesados contra el suelo... en su locura de hacer un nido en un clavo enhiesto, había una respuesta en el fondo de su instinto para todas estas reacciones contra natura.

Y un día su pequeño y voluntarioso corazón dejó de latir vencido por la implacable lucha, y se hinchó hasta romperse dentro de su pecho amplio y redondo con tendencia a esponjarse amorosamente en una tibia e inútil blandura...